

Un pensador notable llamado Karl Jaspers se refería a “la pasión nocturna” frente a “la ley diurna”, cuando en uso del lenguaje cifrado de la poesía el hombre intentaba invocar a sus semejantes desde las grutas de su existencia. El filósofo alemán veía la profundidad y finitud de la vida desde la espléndida ceguera racional de los románticos.

Benito Godoy Caldas se ha situado con la mayor modestia en la antesala de la filosofía. De acendrada formación religiosa y entrenado en la creación poética, estudió Literatura y Lingüística en la Universidad Unión Incaica y codirigió la revista literaria *Campo de Expresión*, este joven docente ha publicado a fines del año pasado un conjunto de poemas que viene a alterar por su hondura y singularidad la cadencia de la poesía peruana última.

La poesía es la noche —proclamaban los románticos: en su fuente se estremece la misteriosa creación, de ella mana los símbolos que encierran nuestra condición humana. La nocturnidad como tópico literario, aunque pertenece en especial a los espíritus románticos, ha sido frecuentado en el tiempo por grandes poetas y sus frutos han aclarado la trama de la existencia. *Noche blanca* es, en ese sentido, un *bello fruto* de pulpa soñada y corazón vigilante, nacida en soledad y en soledad guiada.

El libro de Benito Godoy es una prisión terrestre y subjetiva, un temblor que ata y desata con esforzada sutileza formal los temas más caros al hombre. En la perfección y sencillez de su escritura advierte la curvada tensión de la duración humana: vida y muerte en los extremos de un arco innegable, unidos ante la angustia de la soledad, el dolor y la violencia del tiempo.

El yo poético del libro busca a tientas el camino hacia sí mismo, en medio de la oscuridad y silencio nocturnos. Una voz le susurra un color, acaso el más trémulo de todos, el blanco que anida en el silencio/ que sobrevive/ más allá de los gritos de la vida”, el blanco donde “nos hemos quedado/ solos, casi solos/ con todos”. Y el hombre tiene entonces la angustiosa convicción del dolor “golpeando/ la pupila de su humanidad/ poblando/ de costuras/ su corazón”. Blanco sendero que le descubre en el tiempo, en cuya hoguera somos “trozos/ de barro/ que incendian/ con la ira/ de la carne”. Luz que revela el accidente inevitable, absoluto, de nuestra finitud como criatura que somos y que soy, y “que pronto/ iré a vivir/ al otro lado/ de la noche”.

La sombra de esa noche es un “río de silencio”. La estrecha intemporalidad de un río, incesante, por donde fluyen una gama de vocablos apenas murmurados: almas, pálidos cráneos, pecados, filamentos invisibles, fantasmas. Si la noche es blanca y encerrada en el espacio interior, afuera, “por la noche es blanca y encerrada en el espacio interior, afuera, “por la ventana/ azul del silencio/ se escapa/ la vida...”. En el poema más intenso del conjunto, dedicado a su padre, noche y silencio alcanzan la plenitud ideal perseguida por su autor: Mi padre/ era el silencio/ en su cuerpo/ flotaba/ el pan/ y el trigo/ en sus manos/ se enredaban/ las ramas/ de la adversidad/ Pasaron los años/ Mi padre/ dormía/ en la noche blanca/ sobre las piedras de cal/ y sueños/ de arena/ Una noche/ dejó la mano blanca/ y se hizo silencio”.

De ahí que su poesía disuelva las fronteras: los contrarios son uno y el poeta es también su prójimo, “lleno de hermanos”, fundando la armonía entre “la pasión nocturna” y “la ley diurna”, cerrando el círculo temporal con palabras y ritmos precisos, sin nada que perder (la conciencia es intencionalidad pura, representación) y por eso clama solidaria: “Estoy de prisa/ quiero cantar/ a la eternidad”.

Benito Godoy Caldas debe ignorar la gracia de su libro, la seráfica expresión de su aliento trabajado con mortal cuidado, para mostrarse tan humilde como lo he conocido. Fueron unos versos leídos por su autor, en la Universidad Unión Incaica, el primer contacto con su alma serena y deleitosa. Ahora su libro confirma mi impresión: ánimo sereno, goce por la palabra precisa y atormentada conciencia. Un manojo de poemas que pasa holgado por el ojo de una aguja y hay que celebrarlo.

Jorge Eslava



Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»